

E

L CUERPO COMO SITIO DE DOMINACIÓN

Sara Cohen Shabot

Sara Cohen Shabot (ciudad de México, 1972) es doctora en filosofía por la Universidad de Haifa, Israel, con especialización en fenomenología y filosofías del cuerpo. Cursó diversos estudios de género en la Universidad de Utrecht, Holanda, bajo la dirección de la doctora Rosi Braidotti. Actualmente trabaja en varios artículos vinculados con el tema de género, analizados desde una perspectiva filosófica.

The Magdalene Sisters (*En el nombre de dios*, 2002) y *Rabbit-Proof Fence* (*Cerca de la libertad*, 2002) son dos películas basadas en hechos reales que se presentaron casualmente de manera simultánea en México. La primera, dirigida por Peter Mullan, relata la historia de algunas de las mujeres que fueron encerradas en las lavanderías-conventos a cargo de las Hermanas Magdalenas (irónicamente llamadas también Hermanas de la Caridad) en Irlanda y Escocia. Dichas lavanderías funcionaron a partir del temprano siglo XIX y hasta mediados de los años noventa y se calcula que más de 30 mil mujeres fueron recluidas en ellas durante estos años. La película, que fue ganadora del León de Oro en el Festival de Cine de Venecia el año pasado, ha sido criticada positivamente por su cinematografía sobria y sin pretensiones.

El filme presenta la precaria vida, llena de humillaciones, privaciones y violencia (incluyendo la sexual) de que fueron víctimas las mujeres que habitaron dichas lavanderías. Estas mujeres, cu-



yas edades fluctuaban entre la adolescencia temprana y la vejez, eran recluidas en las lavanderías a petición de sus familiares o de ciertas autoridades religiosas, quienes las acusaban de haber cometido delitos sexuales, de infringir los principios más básicos de la moral cristiana y las buenas costumbres. Dichas mujeres eran recluidas y esclavizadas en las lavanderías, dentro de las que podían ser abandonadas hasta su muerte en el caso de que ninguna autoridad familiar fuera nunca a reclamarlas.

El fin de esta vida de encierro, sufrimiento y vejaciones era, según las autoridades que se encargaban de imponerla a sus víctimas, que estas pecadoras pudieran purgar sus culpas, limpiar su alma y evitar así el infierno que tenían ya asegurado por sus acciones. Los motivos por los cuales las mujeres eran llevadas a las lavanderías de las Magdalenas estaban por lo general relacionados con coqueteos, violaciones de las cuales estas mujeres habían sido víctimas o con el ser madre de un hijo bastardo, carente de una figura paterna que respondiera por él.

Rabbit-Proof Fence fue dirigida por Phillip Noyce y ha sido también ganadora de premios cinematográficos varios. La película se ocupa de relatar sucesos históricos, al igual que *The Magdalene Sisters*. En este caso el escenario es la Australia de principios del siglo XX, colonizada por los ingleses que, mediante este proceso, buscaban, entre otras cosas, civilizar a la bárbara población aborigen a la que dominaban.

Cientos de niños y niñas mestizos fueron secuestrados por el gobierno australiano con el fin de ser reeducados e integrados a la sociedad blanca desde 1905 y hasta principios de los años setenta. Este proceso educativo era justificado por las autoridades australianas mediante argumentos basados en principios racistas, fundamentados en trastocadas interpretaciones de la teoría darwinista, según los cuales esta era la única manera en que los mestizos pudieran en un futuro mezclar su sangre con la de los blancos, de tal suerte que, al cabo de algunas generaciones, el mestizaje se perdiera y la pureza racial resurgiera. El fin, entonces, no era terminar con el aborigen puro, sino más bien deshacerse del mestizaje, de esta

mezcla incierta dentro de la que no podía diferenciarse lo puro de lo impuro, una mezcla que amenazaba con fundir el *yo* con el *otro*.

El filme, ambientado con fotografía de Christopher Doyle y música de Peter Gabriel, nos muestra el largo y penoso camino que recorren tres pequeñas niñas mestizas con el fin de volver a su hogar tras escapar del refugio en el cual se encontraban para ser reeducadas.

Ambas, *The Magdalene Sisters* y *Rabbit-Proof Fence* muestran cómo los cuerpos se convierten en los objetos mediante los cuales las instituciones ejercen su poder. Es por medio de los cuerpos que el *otro* es reconocido y marcado, para subsecuentemente ser alejado, expulsado de la norma, o transformado para coincidir con ésta, otorgando de esta manera la legitimidad necesaria al poder para continuar afianzándose.

El poder eclesiástico se refuerza y legitima mediante la dominación efectuada sobre los cuerpos femeninos en *The Magdalene Sisters*, mientras que *Rabbit-Proof Fence* muestra cómo el colonizador logra afianzar su poder mediante el discurso racista que convierte al cuerpo mestizo en el sitio de dominación y transformación. En ambos casos somos testigos de la forma en la que el *otro* es reconocido, marcado y, a partir de esto, transformado o marginado por medio de una categorización precisa y bien definida de su cuerpo y de las expresiones de éste, de sus deseos, su lenguaje, su sexualidad o su color.

Una breve explicación del análisis que del cuerpo como sitio de dominación hace Michel Foucault resulta indispensable para comprender lo planteado. Desde sus obras más tempranas, tales

como *Nietzsche, genealogía e historia* o *La arqueología del conocimiento*, Foucault propone un nuevo modo de comprender la historia y los elementos que provocan su dinamismo: el poder y el conocimiento. Según Foucault, poder y conocimiento van de la mano para ir transformando en el transcurso de la historia los distintos significados que son presentados a los sujetos como parte del discurso de *la verdad*.

Así, poder y conocimiento no deben comprenderse tan sólo como fuerzas de control o limitantes, sino también como las únicas fuerzas creadoras y transformadoras. El poder y el conocimiento son, entonces, las vías mediante las que la realidad histórica es creada, transformada, al igual que controlada y limitada. Los cuerpos son el terreno sobre el cual el poder y el conocimiento se inscriben, transformándose así en los portadores de cierto mensaje que es percibido como *verdad* por haber sido naturalizado por el poder y convertido en *certeza ahistórica*, a pesar de ser el claro resultado de movimientos y cambios históricos, culturales, sociales.

Foucault pone en tela de juicio el universalismo o la objetividad de los que pretenden ser dueñas algunas ideologías (entre ellas la religiosa o aun la científica) y sostiene que las verdades que son percibidas como naturales, eternas o inmutables, no son más que las vías mediante las cuales el poder se afianza y obtiene legitimidad.

El cuerpo y los elementos que lo configuran, tales como su sexualidad, su color, su deseo y aun sus expresiones psicológicas e intelectuales, son —como lo he dicho— el lugar por excelencia en el que el poder se inscribe. En una de sus más importantes libros, *Historia*

de la sexualidad, Foucault explica de qué manera el cuerpo sexuado es presentado en distintos discursos (el religioso, el científico o el psicoanalítico) como provisto de ciertas características naturales; características esenciales, inmutables. Esto da como resultado un discurso según el cual existe una sexualidad normal, natural; que sostiene que toda diferencia, toda desviación de esta sexualidad normativa (la cual en realidad es creada, producida por las instituciones dueñas del poder y del conocimiento) debe de ser percibida como aberración, un fenómeno antinatural, un fenómeno que es necesario en el mejor de los casos corregir, y en el peor eliminar o exterminar.

La tesis foucaultiana cobra sentido especialmente cuando se la mira a la luz de los totalitarismos, racismos y colonialismos de los que fue víctima Occidente durante los siglos XIX y XX, al igual que a la luz del androcentrismo y del poder patriarcal mucho más antiguo y que aún está presente en sociedades no occidentalizadas así como en Occidente, aunque en menor grado en éste. El poder inscribe en su cuerpo los signos de la normalidad y de la naturalidad, reconociéndose como el modelo neutral, eterno; se coloca a sí mismo a la cabeza de una jerarquía según la cual todos los demás cuerpos serán medidos y catalogados. Así, el poder logra reconocerse y reconocer a su "otro", para de esta forma controlarlo, dominarlo, domesticarlo.

El caso de la mujer —tal como podemos observarlo en *The Magdalene Sisters*— y del "racialmente otro" —del que *Rabbit-Proof Fence* nos trae un claro ejemplo— constituyen tal vez los casos más obvios de esta desviación de la norma construida por el poder con



el fin de reconocerse a sí mismo sin equívocos, de obtener la legitimidad que le otorga ser el representante de lo natural y así justificar su superioridad y dominio sobre estos *otros*.

En uno de los capítulos de su ensayo titulado *La violencia nazi: una genealogía europea*, Enzo Traverso hace el recuento de los totalitarismos y colonialismos que plagaron la historia europea de los siglos XIX y XX, trazando a partir de éstos una línea directa hacia lo que fue la culminación de aquellos fenómenos: la violencia nazi. Las teorías racistas que fueron utilizadas por los distintos colonialismos para justificar su intrusión y dominio en las sociedades consideradas inferiores (no blancas, no occidentalizadas), fueron las precursoras, según demuestra Traverso, de lo que llegaría a ser la expresión más radical y destructiva del racismo europeo: el Holocausto perpetrado por la Alemania nazi.

Feministas como Simone De Beauvoir, Judith Butler o Luce Irigaray, han intentado explicar de distintas formas el modo mediante el cual la mujer ha sido creada por la sociedad patriarcal con el fin de poder ser dominada y domestica-

da. Representando siempre *la falta*, siempre *el otro*, siempre la parte negativa, la mujer ha tenido que depender del reconocimiento que el hombre hace de ella como su *otro* para poseer significado.

Desde sus tempranos orígenes, la sociedad patriarcal identificó a la mujer con la naturaleza. La mujer, entonces, como la naturaleza, tuvo que ser dominada, explotada, controlada, y hubo de servir al hombre que la trabajaba. La mujer fue identificada —a partir de su metaforización con la naturaleza— con el cuerpo, elemento que fue percibido por las distintas religiones monoteístas y sobre todo por la filosofía occidental como inferior y tratado, por ende, generalmente con rechazo y desprecio.

Al identificar al hombre con la razón y a la mujer con el cuerpo, la cultura occidental sentó las bases de un sistema de dominación y represión por parte del hombre-blanco-occidental hacia sus *otros*. La razón siempre fue privilegiada en el discurso filosófico y el cuerpo, en cambio, degradado. El resultado fue, claramente, el desarrollo de una cultura en la que los cuerpos deben ser dominados por la razón, amansados, civilizados. El único que posee un cuerpo, o es un cuerpo, es *el otro*. El sujeto dominador, quien posee el poder, carece de cuerpo, en un sentido en que su cuerpo es neutral, normativo y, por tanto, inexistente.

El poder posee la razón, el poder es la razón y éste ejerce su dominio sobre los otros que son —éstos sí— cuerpos. Así, por ejemplo, se expresaba De Beauvoir en el principio de su más reconocida obra, *El segundo sexo*, cuando afirmaba que era sintomático de la situación especial que representaba ser una mujer el hecho de que una de las más impor-

tantes preguntas filosóficas para ella fuera la cuestión acerca de qué es una mujer. Un hombre —argumentaba De Beauvoir— nunca haría tal pregunta acerca de su esencia, como individuo de sexo masculino. Tal pregunta sería irrelevante en tanto que para el hombre su sexo es inexistente en cuanto que es neutral. La mujer y los otros en general están marcados por su cuerpo y por su condición de ser quienes son. El representante del poder nunca considerará su condición individual como definitoria de su identidad, ya que esta condición individual aparece como irrelevante cuando se pertenece de por sí a lo normativo, a lo universal.

Tanto las mujeres esclavizadas en los conventos de las Hermanas Magdalenas, como las niñas mestizas arrancadas del seno familiar en la Australia de fines del siglo XIX, son claros representantes de este *otro* cuya diferencia amenaza con hacer evidente la *otredad* del poder y que, por tanto, deben ser dominados, marcados y modificados. Tal dominación es siempre efectuada sobre los cuerpos. Así, no es casual que en ambas películas sea mostrado, por ejemplo, el violento corte de cabello como uno de los castigos más duros —aunque no por esto menos frecuentes— infligidos ante actos de rebelión de parte de los *otros*. El corte de cabello, hasta dejar la cabeza de las víctimas casi rapada, se efectúa a manera de castración: el cuerpo rapado es percibido por la víctima y por su verdugo como un cuerpo privado de su valor estético, un cuerpo denigrado, carente de deseo, de sexualidad, o de cualquier otra manifestación vital. Esta castración perpetrada por el dominador constituye, desde luego, una forma de mostrar de nueva cuenta que es éste el poseedor del poder y el autorizado para decidir

sobre los cuerpos de sus otros y controlarlos.

En ambas películas se trata del *ambiguamente otro* y no el del *radicalmente otro*. Las mujeres encerradas en los conventos de las Magdalenas no eran las prostitutas declaradas, o mujeres que se sublevaran en contra del catolicismo recalcitrante —elemento fundamental de la Irlanda o Escocia de la época—. No se trataba de ateas o feministas revolucionarias. Estas mujeres eran lo que puede llamarse un *otro ambiguo*, un *otro* demasiado parecido a lo que el poder podría reconocer como propio, como perteneciente a él mismo. De igual manera, era el mestizo, y no el indígena, el que era secuestrado para ser mezclado más tarde con el blanco colonizador en Australia. Era el mestizo el que amenazaba con contaminar al blanco; era esta mezcla incierta entre lo puro y lo impuro lo inaceptable para el colonizador, porque era ahí donde él podía perderse, dejar de reconocerse.

Como argumentaba Julia Kristeva al hablar de lo abyecto o Jacques Derrida al comentar sobre lo indefinido, no es el *absolutamente otro* quien nos repele o asusta, sino más bien es el otro que se encuentra entre nosotros, el otro cuya *otredad* es casi imperceptible, el cual amenaza más ferozmente la integridad del poder, el que más fácil rebasa sus límites.

Otro problema presente en ambas películas se refiere al poder y a la manera en el que éste puede manipular a los individuos y transformarlos en cómplices de su opresión. Se trata del problema de la falsa conciencia, el cual fue tratado con gran interés sobre todo por filósofos existencialistas. Las lavanderías que son mostradas en *The Magdalene*

Sisters son gobernadas y dirigidas por mujeres. El escalofriante personaje de la hermana Bridget (Geraldine McEwan), por ejemplo, es una excelente muestra del poder encarnado en una de sus víctimas: se trata de *el otro* que, habiéndose convertido en parte del poder, oprime a otros de su condición.

Las monjas que cruelmente tiranizaban a otras mujeres en las lavanderías se encontraban, podríamos decir, en un estado de falsa conciencia, enajenándolas de su condición de subyugadas al poder eclesiástico, patriarcal, etcétera, lo que les permitía ejercer fuerza y represión hacia las que pudieran en otras condiciones ser “sus iguales”.

En el caso de *Rabbit-Proof Fence* el personaje de Moodoo (David Gulpilil), un hombre mestizo encargado de devolver a los niños que escapaban de los centros educativos blancos, quien puede considerarse ejemplo claro de la falsa conciencia. Moodoo se encarga de servir al poder blanco, el mismo que lo desprecia y considera inferior. Moodoo no ahorra esfuerzos para encontrar y devolver (aun con violencia) a otros mestizos que intentan liberarse del poder que ha convertido al mismo Moodoo en un fiel servidor inconsciente de su propia opresión.

Pertenecer a un grupo aparentemente no representante del poder no nos exime de transformarnos en servidores de éste aun sin plena conciencia de ello. El devenir minoritario —como lo sugería el filósofo Gilles Deleuze—, tomar conciencia una y otra vez de la *otredad* de la que finalmente todos somos parte, constituye una eterna tarea y una enorme responsabilidad de las cuales ninguno de nosotros podemos —ni debemos— sentirnos exentos. •